

PROLOGO



« BIOGRAFIA »


DEL

ILLMO. SEÑOR

Don Ignacio Montes de Oca y Obregón,

Dignísimo Obispo de San Luis Potosí.

I.

NSIGNES prelados han honrado en todas épocas el episcopado mexicano dando lustre á la patria y gloria imperecedera á su nombre. no sólo por la magnificencia y alteza de sus virtudes apostólicas, sino también por las brillantes luces de su inteligencia, su copioso y universal saber y las sobresalientes dotes literarias que á algunos adornaron. Ocupa hoy muy distinguido lugar entre todos los respetables Pastores de la Iglesia Mexicana, por su juventud y temprana sabiduría, sus maravillosas y excelsas facultades poéticas, los numerosos laureles de gloria que ya cubren sus sienes, el Illmo. Señor Don Ignacio Montes de Oca y Obregón, Obispo que fué de Tamaulipas y actualmente de Linares.

Vió la primera luz en la Ciudad de Guanajuato, capital del Estado del mismo nombre en esta República, el 26 de Junio de 1840, siendo sus padres D. Demetrio Montes de Oca, sabio jurisconsulto y honradísimo abogado, y Doña María de la Luz Obregón. A los doce años fué enviado á Inglaterra, y allí hizo, con extraordinario aprovechamiento, sus estudios preparatorios, terminados los cuales regresó á su patria en busca de algún descanso en el seno de la familia. Estuvo por este tiempo, 1856, pocos meses en el Seminario Conciliar de México. Volvió en seguida á Europa, y en Roma cursó las materias eclesiásticas, graduándose de Doctor en Teología en 1862, y ordenándole de subdiácono el Illmo. Sr. Munguía, primer Arzobispo de Michoacán, una de las inteligencias más privilegiadas que ha producido la nación mexicana en el presente siglo. La dedicación del Sr. Montes de Oca era tal, y tan grande también su aptitud para los estudios superiores, que con razón fué el asombro de sus maestros y condiscípulos, complaciéndose todos en profesarle cordial y sincera estimación. En poco tiempo concluyó sus cursos de la manera más brillante y satisfactoria. Recibió el orden del presbiterado el 28 de Febrero de 1863, en la basílica de San Juan de Letrán, de manos del cardenal Patrizzi, vicario de Su Santidad y en 1865 obtuvo el grado de doctor en ambos derechos. Fué cura párroco de Ipswich (Inglaterra), y más tarde de Guanajuato, su ciudad natal: tuvo también el nombramiento de Capellán de las tropas pontificias y Promotor fiscal de la curia de México. El Emperador Maximiliano le hizo su

Capellán de honor, y el Santo Padre Pío IX, su Camarero secreto en 1863; cargos todos que demuestran el grande aprecio en que era tenido el Sr. Montes de Oca, así en su patria como en Roma, y la señalada distinción que se hacía de sus relevantes méritos.

El inmortal Pontífice Pío IX, cuya muerte llora todavía y llorará siempre la cristiandad, tuvo al Sr. Montes de Oca particular y cariñosísimo afecto, de manera que "al asignar á Tamaulipas un prelado propio y elevarla al rango de las demás diócesis de la República Mexicana [1]" no pudo olvidarse de él; joven eclesiástico, en cuyos ojos ardía el más vehemente celo apostólico, inteligencia nutrida de la alta enseñanza de los Santos Padres, corazón tierno y generoso que derramaría copiosos torrentes de piedad y de amor evangélico sobre los que habían de ser sus hijos en Jesucristo. Fué, pues, elegido, para ocupar la silla episcopal de Tamaulipas. "Nos hallábamos entonces en la Eterna Ciudad—decía el Sr. Obispo á sus diocesanos, con encantadora sencillez en su *Primera Carta Pastoral*,—presenciando el más grande acontecimiento de este siglo: la celebración del Concilio Ecuménico Vaticano. Diversas causas retardaron nuestra preconización; entre otras, la caída de Roma en poder de los enemigos de la Iglesia, y la prisión á que tuvo en consecuencia que sujetarse nuestro augusto Pontífice desde el 20 de Septiembre del año siempre infausto de 1870. Este funesto suceso nos hizo ir á buscar en el Calvario los consuelos que ya no nos suministraban los sepulcros de los mártires, hollados por sacrílegas plantas. Partimos para Tierra Santa, y sepultamos nuestro dolor entre los puros goces de Belén y la dulce amargura de Getsemani. Recorrimos más de una vez las aldeas y pueblos por donde Nuestro Divino Salvador pasó derramando beneficios, anunciando el Evangelio á los pobres y enseñando sus santísimas doctrinas. ¡Cuántas fuerzas adquirimos meditando la Pasión de Nuestro Redentor en los mismos lugares regados por su sangre preciosa! ¡Cuánto valor nos infundieron las largas horas pasadas en santa contemplación dentro del sepulcro glorioso del triunfante Jesús! El deber nos llamó otra vez á la esclavizada Roma, y el 6 de Marzo del presente año (1871), penetrando por enmedio de las guardias que circundan el que fué palacio, y hoy es cárcel del Soberano Pontífice, fuimos revestidos por el gran Pío IX con el roquete de cándido lino, emblema de nuestra jurisdicción, después de haber sido solemnemente preconizado primer Obispo de Tamaulipas. Un altísimo honor, una nueva dicha, un insigne favor nos aguardaba de que antes que Nos ningún compatriota había gozado, con que, fuera de Nos, sólo un nacido en el continente americano ha sido distinguido. No contento Pío IX con las gracias que ya había acumulado en nuestra humilde persona, no satisfecho con los dones esparcidos sobre los mexicanos, quiso honrarnos, ¡oh hermanos é hijos nuestros! y honrarnos á Nos mismo, por vosotros y para vosotros, consagrando con sus propias augustas manos al primer Pastor de Tamaulipas, y confiriéndole él mismo directamente la plenitud del sacerdocio. No podemos disimularos, hermanos é hijos nuestros, el inefable gozo que inundó nuestra alma la inolvidable mañana del 12 de Marzo, fiesta del gran Pontífice San Gregorio Magno. En el oratorio particular de la habitación del Papa prisionero, se verificó privadamente la magestuosa ceremonia de nuestra consagración episcopal. Si siempre es imponente sea cual fuere el Obispo que derrame el óleo sacrosanto, sean cuales fueren las circunstancias, la época y el lugar en que el nuevo Pastor recibe la unción sacramental, figuraos la indeleble impresión que dejaría en Nos y los pocos que fueron admitidos á presenciarlo, el acto en que el Pontífice cautivo impuso las manos sobre el Obispo misionero y le entregó las insignias de su autoridad y jurisdicción."

(1) Antes era Vicariato Apostólico.

Tamaulipas es una región del territorio mexicano, situada al Norte, bastante extensa, en muchas partes despoblada y llena de grandes bellezas naturales. En espaciosas llanuras encuéntrase diseminadas solitarias aldeas, pobres cortijos y algunas ciudades de escasa importancia; el clima es ardiente y enfermizo, malsanas las costas y tan difíciles como peligrosas las comunicaciones. Mas, sin embargo de estas circunstancias, el Sr. Montes de Oca aceptó gustosísimo el gobierno espiritual de aquella tierra que el Santo Padre le encomendaba. La novedad del lugar, lo desconocido de las costumbres y del carácter del pueblo, las fatigas apostólicas, las peregrinaciones, todo presentaba para él misteriosos y dulces atractivos; de manera que no es de extrañar, que más de una vez se soñara evangelizando á la multitud en las orillas de los pintorescos ríos y ungiéndola con el crisma de salvación bajo los frondosos árboles de las escarpadas sierras.

Consagrado Obispo el Sr. Montes de Oca, y "sin aprovecharse de los cien días que aún le era permitido permanecer junto á la tumba del Príncipe de los apóstoles, partió sin dilación, rumbo á su diócesi" como él mismo dice, tomando posesión de ella el 8 de Junio del propio año de 1871. Dedicóse desde luego, con una constancia, un celo y un ardor sin igual, al desempeño de su santo ministerio, dirigiendo primeramente á sus diocesanos una paternal y tierna salutación. Su carácter manso y bondadoso, su amante solicitud para satisfacer pronta y eficazmente las necesidades espirituales, su palabra fácil, cariñosa y persuasiva, hicieron que en poco tiempo el joven Obispo fuese el ídolo de los fieles de Tamaulipas. Su lozana y fresca constitución, embellecida aún por las gracias de la juventud, y su vigor y perfecta salud, le permitieron visitar con detenimiento sus vastos dominios, conocer todos los pueblos, y derramar en todas partes los tesoros de la predicación evangélica y las ricas mercedes del Cristianismo. Visitó las ciudades y villas, penetró en los bosques, ascendió á las montañas y cruzó las corrientes de impetuosos ríos: por donde quiera fué, por donde quiera resonó su voz; y ora bajo las sombras de las palmeras y de los naranjos, ora en sencillos y humildes templos de aldea; ya en las playas del mar, ya en las silenciosas florestas de la costa, administró con celoso fervor los Santos Sacramentos.

Los sueños que en Roma acarició el preconizado Obispo, tuvieron, pues, su más exacto cumplimiento; y el Illmo. Sr. Montes de Oca pudo gloriarse de haber llenado su misión, dando cima á sus sagrados deberes. El movimiento religioso de Tamaulipas, en la actualidad, es asombroso; hanse avivado la fe y la piedad de los fieles, se han mejorado las costumbres, y la instrucción pública, sobre todo, ha adquirido un desarrollo y una importancia notables, fecundos en consoladoras esperanzas. Y cuenta que el Obispado se fundó en medio de las circunstancias más difíciles y azarosas, siendo suma la escasez de recursos y de colaboradores en las tareas apostólicas. Pero el claro talento, la abnegación y ardiente celo del Sr. Obispo, suplieron con ventaja aquellas y otras faltas: su actividad infatigable le llevó donde quiera que fué necesaria su presencia para remediar males, instruir y enseñar, fomentar obras buenas y levantar instituciones piadosas. "Grandes han sido—exclamó en cierta ocasión el pastor cristiano—los frutos que hemos recogido, y abundantes las bendiciones que el Señor ha derramado sobre Nos y sobre nuestro pueblo. Cuando consideramos los innumerables beneficios que el Dios de las misericordias ha querido dispensar por nuestras manos pecadoras, no podemos menos que deshacernos en lágrimas de confusión y de gratitud." ¡Cuántas conversiones hizo allí en efecto, la inspirada palabra del Sr. Montes de Oca; cómo huyó el cisma de entre sus diocesanos; cómo, los que antes eran indiferentes ó escépticos, se tornaron en piadosos creyentes y en humildes y buenos hijos de la Iglesia!

Aparte de estos inapreciables bienes, Tamaulipas debió á su Prelado otros que harán

por siempre querida y venerada su memoria: él levantó desde los cimientos el Colegio Seminario del Obispado en la capital de su Diócesis, Ciudad Victoria, y procedió á la construcción de la Catedral; numerosas iglesias fueron restauradas y engrandecidas, el culto adquirió gran pompa y magestad, y hasta parece que se redoblaba el celo de los párrocos: todo lo cual se debió en gran parte al ejemplo, á la caridad, y á la constante dedicación del virtuoso Sr. Montes de Oca.

Posteriormente, en uno de los últimos meses del año de 1879, fué trasladado á la diócesis de Linares, por haber sido preconizado para la de Puebla el Illmo. Sr. D. Francisco de P. Vereá, que ocupaba hacía muchos años aquella sede. Allí continúa hoy el Sr. Montes de Oca prestando grandes y saludables servicios á los fieles de la frontera. Su laboriosidad, su celo, su fecunda iniciativa para emprender y llevar á cabo obras benéficas, son los de siempre. Ni las amarguras de estos tiempos difíciles, ni la hostilidad que se encuentra en las instituciones políticas actuales, son bastantes á hacerle desmayar en el estricto cumplimiento de sus sagrados deberes; él vela con atenta vigilancia, y hasta sabría sacrificarse, por el bien espiritual de sus ovejas.

Tal es el Obispo. Veamos ahora al poeta, al orador, al literato.

II.

Pocos ingenios han podido atesorar, á la edad del Illmo. Sr. Montes de Oca, los profundos y vastos conocimientos que él revela en sus obras, y pocos también podrán gloriarse de haber hecho en corto tiempo una carrera tan brillante y magnífica como la suya. "Ocupado desde niño en estudios serios y en el extranjero,—como dice en el prólogo de sus poesías;—encerrado muy joven en austero Seminario, y ordenado sacerdote á los veintidós años,"—nuestro insigne Prelado supo adquirir con maravillosa prontitud una selecta educación literaria. Distinguióse en el colegio de Inglaterra entre los más aprovechados discípulos; pues á su singular talento, su rica imaginación, su ingenio claro y peregrino, uníanse una aplicación y empeño extraordinarios, acreditados á cada momento con los triunfos que obtenía en las aulas. Formó allí su buen gusto, leyendo y estudiando detenidamente los autores clásicos; y ora ejercitaba su entendimiento en las labores de la crítica, ó vertía á nuestro idioma las bellezas de la poesía griega y latina; ora se ensayaba en la lira para modular sentidos y armoniosos cantos. Sus estudios de Roma le llevaron á otros horizontes, amplios y llenos de atractivo para una inteligencia juvenil destinada á ejercer espiritual jurisdicción: allí otras fuentes de enseñanza, otros estímulos y otros triunfos le aguardaban al lado mismo del venerable Jefe de la cristiandad. Abrióronse las copiosas y saludables páginas de los teólogos y doctores, de los Santos Padres y los apologistas: su alma se sumergió, por decirlo así, en aquel océano de sabiduría, y conoció luego todas las ramas de las ciencias sagradas: tan alta lectura dió á su espíritu el vigor y la energía del verdadero saber.—Ya hemos visto antes cuán rico y valioso fué el premio que por sus crecidos afanes recogió el Sr. Montes de Oca: el Santo Padre Pío IX le distinguió con su cariño, le elevó á la alta dignidad episcopal en los frescos años de su juventud, y le "consagró con sus propias y augustas manos primer Pastor de Tamaulipas," precisamente cuando el Soberano Pontífice se hallaba más afligido y contristado: merced singularísima que no á muchos es dado alcanzar. Al saberse en México cuántos honores conquistaba el Sr. Montes de Oca y cómo honraba á la patria en el extranjero, todas las simpatías fueron para él, cobrándole, los que conocían sus triunfos, el más entusiasta y cordial afecto.

Sus glorias se reflejaban en el país que lo había visto nacer, y éste se sentía orgulloso con justicia.

He aquí ahora las obras del ilustre Obispo:

En 1868 fundó en Guanajuato una "Revista Católica" que redactó él solo durante dos años, y de la cual llegaron á salir dos tomos. Por ese mismo año, el 19 de Julio, predicó en San Luis Potosí "un Panegírico de San Vicente de Paul" lleno de unción y fervor avangélico, con cuadros interesantes y vivamente dibujados, sembrado de juicios y reflexiones oportunas, y engalanado de exquisitas flores. En Octubre pronunció, en la parroquia de su ciudad natal el "Elogio fúnebre de la Sra. Doña Francisca de Paula Pérez Gálvez y Obregón," virtuosa dama, que prodigó los tesoros de su ardiente piedad y crecido patrimonio en favor de los desgraciados. Ambas piezas son dos cantos á la caridad.

Habiendo marchado á Roma en 1869, á presenciar lo que él llama con justicia el mayor acontecimiento de este siglo,—el Santo Concilio Ecuménico Vaticano,—remitió con regularidad al periódico "La Revista Universal," de esta ciudad, unas "Correspondencias" interesantísimas relativas á las deliberaciones y trabajos de aquella Asamblea cristiana y á cuantos sucesos se ligaban con ella.

En 1877 apareció su versión métrica de los "Poetas Bucólicos griegos," obra admirable, acompañada de eruditas y curiosas notas explicativas, críticas y filológicas, que alcanzó el honor de que la Academia Mexicana, correspondiente de la Real Española, hiciese suya la edición. Forma un lujoso volumen de más de cuatrocientas páginas de impresión limpia y correcta, y comprende: veintisiete idilios de Teócrito, nueve de Bión de Smirna, y otros tantos de Mosco de Siracusa. Las notas ocupan unas ochenta y seis páginas, y todas convidan á leerlas por su grande interés histórico y literario.—Incapaz yo de juzgar tan concienzudo trabajo, me contentaré con manifestar la admiración que me causa. Los inteligentes dicen que es la versión castellana más completa y elegante que se ha hecho de los bucólicos griegos, y agregan que ninguna otra ha reproducido con tanta verdad, la innata belleza, el delicado adorno, los primores poéticos del original. Comparando, en efecto, la traducción del sabio Prelado mexicano, con otras que existen de diversos autores, se notan desde luego diferencias esenciales que realzan notablemente el mérito de la primera: así, por ejemplo, no encontramos en ésta, ni los pasajes, ni los idilios que ofenden el pudor; y por lo demás, todo en ella es sencillo é inocente; los cuadros respiran aquel amable candor de los pastores, aquella frescura de las costumbres primitivas, aquella inefable delicia de las escenas de la naturaleza; y la graciosa ingenuidad, la riqueza de lenguaje y la magnificencia de descripción que caracterizan á Teócrito, parecen conservarse con toda propiedad. Por último, de esta magnífica obra del Sr. Montes de Oca, utilísima á la juventud literaria de nuestro tiempo, porque con ella trata de restaurar los buenos estudios sobre su antigua y sólida base, como dice un escritor distinguido; de esta obra puede repetirse lo que su mismo autor dijo, del "Siglo de oro" de Balbuena: "No sólo quitó cuidadosamente los abrojos de las rosas espléndidas que nos ofrecía, como aconseja San Basilio, sino que siguió aún más escrupulosamente sus instrucciones." "¿No véis, dice este Pastor, no véis á "las abejas cómo escogen el zumo de las flores de que han de formar su dulcísima miel? "Ni á todas vuelan, ni en todas se paran, ni en todas igualmente se detienen. De unas "beben más, de otras menos; y cuando han libado el jugo de que han menester para "formar su panal, tornan sin tardanza á la colmena. Así es fuerza que hagamos nosotros, si tenemos juicio y aspiramos á la verdadera sabiduría, con los libros de los "gentiles"

Así lo ha hecho el Sr. Obispo de Tamaulipas: "no se contentó con traducir, ni aun arrancando las espinas de inmoralidad de que están erizadas las rosas" que se hallan en los poetas bucólicos griegos. Tomó de ellos cuanto necesitaba para formar una colección de poemas pastoriles, dulces, gratos y morales; y "si cantó los sencillos afectos de apasionados pastorcillos, procuró no apartarse de las huellas que Salomón nos trazara en su cántico y expresarlos con frases pulcras" que no hirieran oídos delicados (1) Sí, pues, nuestro Prelado—poeta no hubiese conquistado antes con otras obras fama y renombre imperecederos, sin duda habría bastado para asegurárselos esta espléndida versión de los Bucólicos Griegos. (2)

Durante el ejercicio de su sagrado ministerio en Tamaulipas, el Illmo. Sr. Montes de Oca publicó tres "Cartas pastorales" (una de ellas sobre la francmasonería); multitud de "Cartas á los párrocos," haciéndoles eficaces recomendaciones acerca de asuntos religiosos, y especialmente acerca de la educación de la niñez; y varios "discursos;" una "Homilia" bellísima, predicada en la Iglesia de Ciudad Victoria con motivo de la apertura del Colegio Seminario del Obispado, dos "Edictos;" un "Sermón sobre el Sagrado Corazón de Jesús," predicado en la iglesia de San Lorenzo de México, el 30 de Setiembre de 1877; otro "Discurso," pronunciado en la solemne consagración del altar mayor de la iglesia matriz de Tampico; y por último, "El Elogio fúnebre de nuestro Santísimo Padre el Papa Pío IX," que oyeron los fieles de la misma ciudad el 8 de Marzo de 1878, en las solemnes exequias celebradas en honor de aquel inmortal Pontífice. Y merecen también citarse otras dos Homilias, ricas en bellezas literarias, sobre "La Tempestad en el Lago de Tiberiades" y "En la ordenación de un joven Sacerdote."

El Sr. Montes de Oca, que es poeta de alta inspiración, cantando apacienta su rebaño (3); pues en medio de sus tareas apostólicas no abandona sus aficiones literarias ni deja de pulsar la lira; antes, al contrario, cultiva aquéllas con más calor que nunca en sus horas de soledad y de aislamiento, para dulce y pacífica distracción de su ánimo: y si el Obispo de Puerto Rico, D. Bernardo de Balbuena, empleaba el tiempo que le quedaba libre en escribir sus cantos del "Bernardo" y del "Siglo de Oro," el Obispo de Linares ocupa el suyo cantando en castellano los apasionados afectos de los antiguos pastorcillos de la Grecia, para dar á la juventud mexicana buenos modelos que formen su gusto. En 1878 dió á luz un precioso tomito que contiene sus composiciones poéticas, y que él modestamente calificó de "Ocios." Está dividido en cuatro libros; el primero comprende diez sonetos, escritos antes de los veinte años, y noventa, escritos después de los treinta y cinco; el segundo, una "Epístola moral;" el tercero, un pequeño poema heróico, intitulado: "Fiesco," trazado á los diez y nueve años; y por último, el cuarto, una colección de odas, himnos y canciones, cuyos títulos, asuntos y estilos—dice el autor—"revelan que son producción de un estudiante." En un cuaderno suelto apareció después la sentida "Elegía" que escribió con motivo de la muerte del Illmo. Sr. Obispo de Olinda. (Brasil).

Uno de los mayores y más brillantes triunfos que se registran en la vida literaria del Illmo Sr. Montes de Oca, es sin duda el que obtuvo el día 3 del último Agosto

(1) Estas frases que yo aplico al Illmo. Sr. Montes de Oca, las dedicó él al autor del "Bernardo" y de "La Grandeza Mexicana" en la "Oración fúnebre" de que adelante me ocupo.

(2) Publicóse ésta en Madrid, en 1881, formando parte de la Biblioteca Clásica, que todavía da á luz una acreditada casa editorial. El reputado literato Español D. Marcelino Menéndez Pelayo, puso prólogo á esa nueva edición.

(3) El mismo Sr. Montes de Oca se aplica estas palabras, que se hallan en el Idilio III de Mosco, intitulado: "Canto fúnebre de Bion," traducido por él.

(1878), en la Iglesia de la Profesa de esta Capital. Con motivo de las honras celebradas por la Academia Mexicana en memoria de D. Juan Ruiz de Alarcón y Mendoza, y demás ingenios nacionales y españoles que en ambos mundos cultivaron las letras castellanas, aquella docta Corporación encomendó al Illmo. Sr. Obispo la oración fúnebre que debía decirse en dicha fiesta religiosa y literaria. Lo más selecto de nuestra sociedad, la prensa de todos los partidos, las celebridades más notables de México, se agruparon al rededor de la cátedra sagrada para oír al que es honra y gloria de nuestra literatura y de nuestro repetable episcopado. Su palabra cautivó durante hora y media al escogido auditorio, presentándole bajo elegantísima forma una serie de admirables juicios y de gallardos pensamientos, de fundadas sentencias y maravillosos panegrícos, "enlazados todos, como dijo un escritor, con cadena de oro y de flores, expresados con puro y correcto leguaje, sin afectación y sin miedo, sin aparato y sin pretensiones." Después de un magnífico y oportuno exordio, el eminente orador hizo el elogio de D. Juan Ruiz de Alarcón y Mendoza, de Sor Juana Inés de la Cruz y del célebre cantor de la "Grandeza Mexicana" D. Bernardo de Balbuena, dibujando rápidamente con rasgos maestros y vigorosos la historia de su vida y de sus obras. Vinendo á los tiempos modernos, habló con una erudición, una prudencia y tacto asombrosos de nuestro gran historiador Alamán, de nuestro insigne literato y poeta Pesado, y de D. Clemente de Jesús Munguía, ilustrísimo y eminentísimo Arzobispo de Michoacán. Y hay que notar que la posición del orador era difícil: pronunciar un discurso literario en un templo, darle forma adecuada, revestirlo de galas que lo hiciesen digno del púlpito y de un recinto académico al mismo tiempo, eran dificultades gravísimas que sólo á los talentos superiores es dado vencer; pero el Sr. Montes de Oca las venció todas con facilidad sorprendente; supo dar á su oración fúnebre, atractivos que de igual manera cautivaron al literato y al poeta, al historiador y al crítico, al cristiano y al filósofo. Su lenguaje fué pulcro y castizo, exento enteramente de inútiles adornos, é incontable el número de sus bellezas literarias y de pensamiento. La Academia Mexicana á propuesta de su Director el Sr. Arango y Escandón, dirigió algunos días después al insigne Obispo un hermosísimo oficio, que era prenda segura del entusiasmo que causó entre sus miembros el inspirado discurso, y del júbilo y complacencia con que vieron el acertado desempeño del encargo del orador.

La última obra dada á luz por nuestro insigne Obispo, (Febrero de 1882) es la versión completa de las "Odas" de Píndaro, con la cual añadió un florón á su corona de consumado helenista. Forma un tomo de cuatrocientas veinte páginas, y en él se registran, elegante y magistralmente traducidas, las odas Olímpicas, Píticas, Nemeas é Itsmicas, todas con eruditas é interesantes anotaciones. Es la primera traducción métrica que existe en castellano del Príncipe de los líricos; y ella, lo mismo que la de los Bucólicos que antes mencioné, es hoy y será siempre una de las joyas más preciadas de la literatura mexicana.

Nuestro distinguido prelado es miembro de la Arcadia de Roma desde 1865, bajo el nombre de "Ipandro Acaico" [con el cual quiere ser conocido en el mundo literario], y lo fué de la Academia de Ciencias y Literatura de México, fundada por el Emperador Maximiliano. Pertenece igualmente á la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística, y en 1877 fué nombrado académico correspondiente de la Mexicana y de la Real Española de Madrid.

Concluyo este artículo insertando el juicio que del Sr. Montes de Oca formó D. Anselmo de la Portilla, el inolvidable escritor á quien nuestra literatura debió grandes é importantes servicios.